

TRAS LAS HUELLAS DE LOS CORRUPTOS

¿Qué imágenes nos vienen a la cabeza junto con la palabra “corrupción”? La historia y las obras de ficción han moldeado sus propias figuras para representar tanto a quienes participan de ella como a quienes la combaten.

ilustración
DANIEL BOLÍVAR



¿Y SI CÉSAR ES UN LADRÓN?

RAFAEL ROJAS

En los últimos años se han publicado historias de la corrupción en diversas naciones del mundo. Alfonso W. Quiroz escribió una para el Perú y Jaime Muñoz Jofre otra para España. El ensayista italiano, Carlo Alberto

Brioschi, en cambio, se propuso algo más ambicioso: una historia universal de la corrupción, antecedida o complementada por una historia de la reticencia del pensamiento moderno a recapitular la corrupción en Occidente.

Brioschi denuncia un historicismo que remite a sus célebres compatriotas Giambattista Vico y Benedetto Croce, para quienes la historia responde a leyes tan precisas e infranqueables que la voluntad humana muestra poca capacidad de intervenir en el curso de los acontecimientos. Desde esa perspectiva, el hecho de que César

sea un ladrón resulta tan natural como fútil: el historicismo responde a cualquier evidencia con una racionalidad que justifica la corrupción como parte del ejercicio rutinario de la política.

Recuerda Brioschi a John Jay Chapman, el popular escritor estadounidense de principios del siglo XX, quien aseguraba que la “falta de honradez puramente financiera muestra una escasa importancia en la historia de la civilización”. De ahí que en la mayoría de las historias de Estados Unidos John Quincy Adams sea más recordado por ser hijo de John Adams, por haber beneficiado el desarrollo de las ciencias y las artes o por la mal llamada “Doctrina Monroe” que por sus tratos sucios con Henry Clay, legislador, secretario de Estado y varias veces candidato a la presidencia del país.

El ensayista italiano hace un recorrido exhaustivo por la doctrina cínica de la historia, que postula la necesidad de la corrupción para el progreso humano, con glosas que van de Charles de Gaulle a Margaret Thatcher y del politólogo Samuel P. Huntington al historiador Niall Ferguson. Pero también se interesa Brioschi en la noble tradición republicana, de Cicerón a Rousseau, que vio en las corruptelas manifestaciones de las peores enfermedades de la vida pública. Aunque escapó a su exhaustivo inventario, esas dos visiones de la corrupción en la historia podrían ejemplificarse con la reescritura de la famosa frase de lord Acton por el diplomático estadounidense Adlai Stevenson. Mientras en



CARLO ALBERTO BRIOSCHI
BREVE HISTORIA DE LA
CORRUPCIÓN. DE LA
ANTIGÜEDAD A NUESTROS DÍAS
Ciudad de México,
Taurus, 2019, 304 pp.

su carta al obispo Creighton Acton decía que el “poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente”, Stevenson corregía: “el poder corrompe, pero la falta de poder corrompe absolutamente”.

Brioschi suscribe la tesis clásica de la corrupción como causa del desplome del Imperio romano. En tiempos de Valentiniano I, cuando el emperador trató de recuperar el control de la recaudación fiscal, designó al general Teodosio como purificador de la burocracia romana en Libia, Trípoli, Leptis y Cartago. Después de meses de severas purgas, en las que los corruptos morían en el patíbulo o largamente encarcelados y con la lengua cortada, el propio Teodosio fue acusado de corrupción y mandado a ejecutar por el hijo del emperador.

Otros imperios posromanos, como el bizantino, estuvieron siempre carcomidos por la corrupción. Frente a interpretaciones como la del historiador estadounidense Thomas S. Noonan, que observa una contención del soborno y el latrocinio en Bizancio, durante la difusión de la moralidad cristiana en el primer Medievo, Brioschi señala que la corrupción, especialmente el

intercambio de derechos y protección para garantizar la seguridad, fue muy intensa durante los siglos medievales. No solo eso, a su juicio, la primera modernidad, que va de la Reforma a la Ilustración, entre los siglos XVI y XVIII, implicó un crecimiento de la corrupción proporcional al auge de los Estados absolutistas.

Edward Gibbon, que documentó la decadencia del Imperio romano, llegó a advertir la siguiente paradoja: “la corrupción es el síntoma más infalible de la libertad constitucional”. Brioschi coincide con el gran historiador británico y verifica la creciente sofisticación del comportamiento corrupto conforme avanza el moderno Estado de derecho. Es en la intersección entre capitalismo y derecho donde se encuentran los principales resortes de la corrupción administrativa entre los siglos XIX y XXI. Una intersección en la que el derecho actúa como un expositor de los márgenes de la ley y el capitalismo como un sistema mafioso que extiende el tráfico de influencias a todas las dimensiones de la vida pública, incluida la democracia.

En el prólogo a la edición de Taurus, el juez español Baltasar Garzón señala dos vías de acceso a la corrupción en las democracias: el financiamiento irregular de los partidos políticos y la penetración del crimen organizado en las redes de lavado de dinero y tráfico de influencias. En América Latina, los casos de Odebrecht o la implicación de autoridades regionales y nacionales en el narcotráfico, en países como Colombia, Panamá y México, desde fines del siglo pasado, ilustran esas modalidades políticas de la corrupción. A pesar de que los poderes judiciales no están inmunizados contra el virus de la corrupción, la independencia de las cortes supremas y del sistema de impartición de justicia sigue siendo la opción menos costosa.

Los últimos capítulos del libro de Brioschi están dedicados a la reconstrucción de la experiencia de los “crímenes de cuello blanco”, que acompaña al desarrollo del capitalismo financiero desde las primeras décadas del siglo XX. De Edwin Sutherland a Hank Brightman se extiende una tradición de estudios sociológicos sobre la corrupción corporativa y estatal, que glosa Brioschi poniendo especial énfasis en el rebasamiento teórico de las nociones de la criminología positivista y en la conexión entre el latrocinio privado y el público en el mundo contemporáneo. El estudioso italiano no oculta el arraigo de la corrupción en Occidente, a inicios del siglo XXI, pero con una fe republicana digna de Maquiavelo se resiste a aceptar que las democracias están condenadas a ese flagelo.

En un momento de su libro, Brioschi cita a Octavio Paz: “una nación comienza a corromperse cuando se corrompe su sintaxis”. Fuera de cualquier purismo lingüístico o moral, la frase advierte sobre la demagogia como una plataforma propicia para el incumplimiento

de la ley. Desde Robespierre, la corrupción de los incorruptibles ha sido una constante de los regímenes republicanos, que bien podría dar forma a una historia del ocaso populista de las democracias. El populismo es, en buena medida, una corrupción de la democracia, así como el crimen organizado es una corrupción del capitalismo. Siempre y cuando esos dos males no se junten en un mismo gobierno, la democracia está a salvo. —

32

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Taurus publicó el año pasado *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*.

LOS DETECTIVES CONTABLES

LUIS RESÉNDIZ

En *El último lector*, Ricardo Piglia distingue entre dos detectives de la ficción. El primero sería el detective clásico, que nace como un lector con el Auguste Dupin de Poe y continúa leyendo los misterios de forma casi literal, como el Sherlock

Holmes que descifra el código que ocultaban los dibujos de unos bailarines a partir de un análisis entre lingüístico y criptológico. “En la transformación norteamericana del género”, continúa Piglia, “el hombre de acción parece haber borrado por completo la figura del lector”. Se refiere, por supuesto, a gente como Raymond Chandler o Dashiell Hammett.

Alguien —yo, por ejemplo— podría argumentar que ambos tipos de detectives son producto de una visión romántica y hasta ingenua del quehacer detectivesco. Aunque investigó y hasta ayudó a resolver casos reales, Conan Doyle no fue un detective sino un médico y escritor acomodado que trabajaba desde casa; Edgar Allan Poe se inclinó más por el trabajo en escritorios con botella de *bourbon* que por la labor de investigador, y hasta Dashiell Hammett, el arquetípico novelista detectivesco, fue un manipulador experto que maquilló su biografía para parecer más detective de lo que en realidad fue. Hasta Chandler era un simple ejecutivo petrolero antes de quedarse sin chamba a los 44 años y dedicarse a escribir las mismas novelas baratas que leía mientras recorría

el país en hoteles de paso. Es probable que jamás conociera nada siquiera parecido a una investigación.

No es extraño, pues, que esas novelas —estupendas como son— presentaran una visión masculina del mundo, donde las mujeres a menudo encarnan el mal y la corrupción y donde el hombre de bien se erige como un asalariado héroe incorruptible que está dispuesto a romper cualquier norma a fin de hacer cumplir la norma. No es extraño, tampoco, que estuvieran muy alejadas de las auténticas investigaciones que desbaratan circuitos de corrupción. Es conocido el hecho, por ejemplo, de que a Alphonse Capone no se le sentenció a prisión por asesinato o conspiración criminal sino por evasión de impuestos —el mismo año en que Hammett publicó dos relatos de Sam Spade y un año antes de que Raymond Chandler comenzara su carrera como escritor policiaco—. Sin embargo, si uno mira la película de Brian De Palma sobre el caso, *Los intocables*, le quedará la sensación de que la condena fue producto del trabajo policial de balazos y madrazos más que de una extensiva operación encubierta de escucha y una minuciosa revisión de declaraciones de impuestos.

La idea, pues, permea y persiste aún pese a su desconexión con la realidad. Pasadas por el filtro de los *reality shows* como *Cops*, la mano dura y la escasa consideración con los derechos humanos se presentan como una opción no solo efectiva sino atractiva. Entre los detectives que hacen cumplir la ley trabajando al margen de la ley —desde las creaciones de Chandler hasta las de Clint Eastwood— y los policías de la televisión que cumplen la ley rompiéndola —pensemos en *La ley y el orden: Unidad de Víctimas Especiales* o, bueno, casi cualquier *procedural* policiaco—, la idea de que la corrupción y el crimen se combaten mejor con mano dura se encuentra bastante extendida. (Uno puede recordar a Jaime Rodríguez proponiendo cortarles la mano a los delincuentes y recibiendo algunas preocupantes muestras de apoyo, entre varias otras penosas demostraciones de la política nacional.)

No obstante, esa es la historia como la ha contado la ficción. El estante de lo periodístico tiene otra versión de los hechos. Una vez ahí, despojada de la fascinación casi adolescente con la fuerza bruta y la maldad femenina, el trabajo detectivesco efectivo —el que hace renunciar a presidentes, mete a la cárcel a ejecutivos de la FIFA y hace que los exgobernadores teman aparecer en público— se revela no tan lejano al de un minucioso contador o infatigable periodista dispuesto a leer gigantescas fojas de cabo a rabo y a cuadrar cuentas en pesados archivos de Excel, todo con tal de desentrañar la red de la corrupción. Carl Bernstein y Bob Woodward, por ejemplo, comenzaron a desbaratar el gobierno de Richard Nixon con una investigación minuciosa y extensiva que incluyó como una de sus piezas centrales una entrevista con Judy Hoback Miller, contadora de la campaña de